

UN GAMBUSINO ZACATECANO.

¿Saben ustedes lo que significa la palabra *gambusino*?

No, ¿verdad? Pues francamente ni yo tampoco lo sé de ciencia cierta, porque esa palabrita no existe en el diccionario de la lengua castellana; pero como se aplica á personas reales y tangibles, y es usada con mucha frecuencia por los escritores mineros, especialmente los mexicanos, son ya muy conocidos en el país los individuos á quienes ella se refiere.

Y si he de decir toda la verdad, los gambusinos son personas utilísimas á la minería, porque suelen ser los autores de los descubrimientos minerales más bonanciles; pues siempre andan á caza de gangas, ó lo que es lo mismo, en busca de vetas vírgenes que explotan á maravilla, sean buenas ó malas; si son buenas, excusado es decir que extraen y benefician con gran maestría sus productos, y si son malas, les sacan con ellas bonitamente los dineros á los prójimos aficionados á las bonanzas fáciles, presentándoles mañosamente y con mucho arte las labores en ricos frutos.

Los gambusinos son generalmente operarios de minas que después de haber aprendido muy bien el oficio, llegan á creer que el servicio á jornal es un contrato leonino, en el que el trabajador activo y de talento sale grandemente perjudicado. Por esta razón abandonan la raya en el momento preciso y se echan á andar por esos cerros en busca de filones, y por las ciudades en pos de las economías de la gente codiciosa.

Son locuaces y muy ladinos, y nadie sabe como ellos pre-

sentar en las piedras el oro y la plata de manera que les conozcan hasta los más ignorantes; y á veces llevan su habilidad hasta el extremo de hacer brotar la plata y el oro nativos en los cantos ó guijarros, poniendo previamente la amalgama en las oquedades naturales ó artificiales de las piedras y evaporando después el mercurio.

Con larguísima práctica en los trabajos mineros, los gambusinos, sin ser matemáticos, suelen trazar y ejecutar obras difíciles para introducirse clandestinamente á las labores de las minas bonancibles ajenas y extraerles los frutos ricos, antes, mucho antes que su dueño. Y ¡cosa rara! manifiestan la misma estimación por el oro y la plata nativos que acuñados; en prueba de esta verdad no hay sino ver en los grandes Minerales las obras subterráneas, perfectamente trazadas y ejecutadas, para penetrar á las casas donde ha existido algún tesoro acuñado, que por aquellas ha desaparecido.

Para dar á conocer mejor la admirable habilidad de los gambusinos, referiré algunos ejemplos de los que tengo conocimiento, con la esperanza de que sean de alguna utilidad á las personas confiadas é inexpertas, especialmente ahora que nuestros primos suelen andar por los cerros de Ubeda, buscando minas.

Hace cinco lustros que existía en Zacatecas, en un extremo de la calle de Tacuba, una pequeña sastrería, cuyo propietario era un español de mediana habilidad en el manejo de la tijera; pero que á fuerza de privaciones había logrado formar un capitalito con el fruto de las economías realizadas durante largos años de trabajo.

Era este maestro sastre de pequeña estatura, y tan endeble y delgadito, que daba lástima verlo; y tenía un carácter tan complaciente y sumiso, que se había granjeado las simpatías de españoles y mexicanos, conservando una regular clientela.

Hallábase una tarde en su pequeño establecimiento, enteramente solo, después de haber despedido á sus oficiales al

terminar sus tareas, cuando se le acercó un individuo, entrado en años, cubierta la cabeza con un sombrero jarano lleno de galones, llevando buen calzado de cuero inglés y una camisa y calzoncillos de tela fina de lino, que cubrían mal sus robustas formas, y acercándosele, con el sombrero entre ambas manos, le dijo muy quedo:

—Patroncito, ¿le gustan á vd. las minas?

—Hombre, le diré á vd., que sólo me gustan las buenas.

—Pues de esas se trata: sí, señor, buena y muy buena es la que Dios me ha dado ahora.

—Sí ¡eh! ¿Con que tiene vd. una mina rica!

—Sí señor, la tengo, y muy rica, y en prueba de ello, aquí tiene vd. las piedras que saqué esta misma tarde.

El gambusino metió la mano en su *guardameco* y sacó algunas piedras pequeñas que dió á nuestro hombrecillo.

—Pero, hombre, si yo no entiendo de esto, y á más, que de noche no se pueden ver las piedras.

—Ya me hago cargo, patroncito; pero las verá vd. mañana; y no sólo quiero que las vea, sino que las mande ensayar para que sepa el oro y la plata que contienen.

—¿Oro también!

—También oro; ¿pues qué había de traerle yo á usted piedras malas? Si me dice el corazón que hemos de ser muy ricos dentro de poco tiempo; porque usted tiene cara de hombre de bien y no me ha de engañar á mí, que soy todavía pobre, porque me la han pegado otros compañeros haciéndose ricos con mi trabajo.

—¿Hombre! ¿pero cómo ha sido eso?

—Pues ya verá su merced, patroncito: yo he dado parte en algunas minas buenas á varios catrines y se han quedado con ellas, dejándome á un pan pedir, con pretexto de que han hecho gastos en la posesión y otras frioleras. Ya estoy escamado y por eso vengo á ver á usted que no ha de engañarme porque esto sería una perfidia. Con que aquí le dejo las piedritas; que no las vea nadie; si es posible usted mismo las

machaca para que las mande al ensayador. Mañana vendré á saber la razón.

—Bueno, hombre, mañana nos veremos.

—¿Pero qué de veras tienen oro estas piedras? Porque ya sabe vd. que el ensaye de oro cuesta muy caro.

—No tenga cuidado, patroncito; ya verá cuánta riqueza tiene la mina; y es nuevecita, apenas me cubre á mí; veta virgen; yo fuí el primero que la descubrí, y está aquí muy cerquita.

—¿En dónde, hombre?

—No, patroncito, poco á poco; ya me canso de ser pobre; la verá vd. muy pronto. Hasta mañana.

Salió el gambusino á la calle al decir esto, y su interlocutor encendió luego una luz para ver las piedras; y no entendiendo nada de minas se quedó alelado ante aquellas bonitas muestras minerales.

Por la noche no pudo conciliar el sueño, porque toda su vida había sido el suyo dorado encontrarse con una mina en bonanza; así es que el estado de somnolencia en que se hallaba le hacía ver barras de plata y barretones de oro por todas partes, como el dichoso fruto de la mina rica que se le había venido á las manos.

Ganas le dieron de hablar del asunto con su esposa y con sus amigos íntimos; pero le detuvo la prevención del gambusino que le recomendó el secreto.

Al día siguiente mandó ensayar las piedras, y cuando le trajeron la cédula del ensaye se quedó pasmado al leer lo siguiente:

Plata: 35 marcos por montón.

Oro: 110 granos por marco.

Pasada la sorpresa, después de haber leído cinco veces la cédula, la dobló y la metió cuidadosamente en su cartera y se la guardó en el bolsillo.

Desde este momento no pensó más que en la próxima entrevista con el minero, en los cuantiosos productos de la mi-

na y en quedarse solo con ella, para lo cual urdía muchos arbitrios.

¡Cuán cierto es que la codicia rompe el saco! ¡Quién había de creer que aquel hombrecillo tan menudo como bueno pensase en jugarle una mala pasada á un hombre fuerte, robusto, y que espontáneamente había venido á ofrecerle una parte de aquel gran tesoro!

Pensaba sin embargo, el sastre, que tal vez quisiera explotarle el gambusino, y se preparaba para la defensa con energía y denuedo. No dará un peso, se decía, antes de ver yo mismo la mina; extraer con mis propias manos el mineral, y ver personalmente su beneficio, hasta la completa extracción de los metales preciosos; pero si la mina está aquí cerca, si es nueva y tan rica como parece, le compraré su parte á mi socio, lo más barata posible; y no se quejará de mí, supuesto que otros, según él dice, se han quedado gratuitamente con las minas buenas.

Llegó al fin la hora deseada y con ella el gambusino, quien después de saludar al español, le preguntó: ¿qué tal salió el ensaye?

—No está malo.

—Pues me alegro; aunque yo creía que sería muy bueno, porque las piedras escurren mucha plata en el infiernito y se ve el oro en la tentadura. ¿Tiene usted á mano la papeleta?

—No sé dónde la he pnesto; pero me parece que son quince marcos de plata y algunos granos de oro.

—Bueno, patroncito, bueno, ya ve usted que no le he engañado; con quince marcos hay para hacer ricos á dos hombres como nosotros, porque la maquila es muy barata.

—¿Hay mucho metal de ese en la mina?

—Hay para alabar á Dios; si aquello es una bendición; ya le verá cuando guste.

—Será cuando usted quiera.

—Pues iremos mañana, patroncito; sólo que es preciso ir en la noche, porque la cata no está denunciada y de día hay

mucha gente por allí cerca, por lo que nos expondríamos á que alguien se nos anticipase en el denunciado.

—Pero, hombre, de noche es muy peligroso para un caballero andar en los cerros.

—¡Peligroso! y ¿por qué? ¿Teme usted que le roben? Con que no lleve dinero se evitará el peligro. Además, yo no permitiría que nadie le injuriase á usted, y ya me conocen á mí por aquel barrio.

—Bueno, ¿cómo hemos de ir? ¿Puedo llevar uno ó dos criados?

—Iremos usted y yo nada más. Tomaremos un coche que nos lleve á la orilla de la ciudad, allí le dejaremos esperándonos é iremos á pie hasta la mina; para que usted mismo saque el mineral.

—¡Bonito viaje! Doy á usted mi palabra de que jamás he viajado así, y no me siento con ánimo de hacer ahora la prueba.

—Entonces, ¿no quiere usted ver la mina?

—No digo eso, sino que quisiera verla de día.

—Esto no puede ser mientras no esté denunciada: ¿va vd. por fin?

—Está bien, hombre, iremos. ¿A qué hora vendrá usted? ¿Se necesitan víveres?

—No se necesita nada; son dos horas de ida y vuelta; y vendré á las seis. Hasta la vista.

—¡Adios!

Y el gambusino salió á la calle reventando de risa y diciendo para sus adentros:

—Pues no es poco miedoso este catrín; pero ¡con razón! ¡si está tan enclenque! ¿Qué trabajo me ha costado convencerlo para que me acompañe de noche! ¡Si creería que le voy á plagiarse! ¡Vaya, vaya! ¿Quién había de dar ni un centavo por ese esperpento! Y ha tenido valor de engañarme con lo del ensaye; pues no ha confesado ni la mitad de la ley del metal. ¡Si querrá burlarse de mí este alfeñique! ¡Bah! ¡bah! ¡sólo eso

me faltaba! Pero ya me la pagarás muy pronto sietemesino.

Entretanto, el español se quedó cariacontecido pensando que había cometido una barbaridad, comprometiéndose á ir de noche fuera de la ciudad y en compañía de un desconocido que tenía una musculatura descomunal. Tentado estuvo de fingirse enfermo para eludir el compromiso; pero le espolleaba fuertemente la codicia en sentido contrario, y siendo descendiente de D. Pelayo, dicho se está que tenía orgullo; y por ende, sacando fuerzas de flaqueza, se resolvió á correr aquella peligrosa aventura al día siguiente.

Llegado éste, y al dar las seis de la tarde en el relóx de la catedral, paró un coche simón frente á la sastrería: montó en él el maestro sastre, y siguió rodando pesadamente hasta el extremo posterior del puente de San Francisco. Allí hizo alto el cochero, se bajó del pescante para abrir la portezuela, por la cual salieron nuestros dos conocidos, siguiendo por el costado oriental del convento de San Francisco hasta dar vuelta por la espalda del edificio, y como á cien metros de distancia de éste, al pie de la cuesta de Mala-Noche, se paró el gambusino junto á un agujero, diciendo á su acompañante: ya llegamos, patroncito: bajaré yo primero para encender luz y después bajará usted, para que vea y palpe este portentoso.

Bajó, en efecto, el minero, quedándole la cabeza fuera del hoyo; encendió un cabo de vela que pegó en un costado de la cata y extendió los brazos para recibir con ellos á su compañero hasta que le puso de patitas en el fondo del pozo.

—Ya ve usted, patroncito, le dijo, ¡cuánto metal tiene este agujero! ¡y qué rico! como nunca se ha visto; y dándole una cuña le invitó á que raspase el metal, cuidando de ponerle la mano con la herramiénta en cierta mancha que había en la cata, y recibiendo en su sombrero las piedras que tumbaba el español. Cuando aquel creyó terminaba la tarea, esto es, concluída la mancha, vació el contenido del sombrero en su cotense, y limpiándole un poco de las substancias extrañas

que contenía, hizo un bulto que entregó á su compañero, diciéndole en tono profético:

—Hay tiene vd. el principio de un gran tesoro, veremos qué parte me deja á mí que soy su dueño. ¡Cuidado con jugarme una mala pasada!

—No, hombre, los dos disfrutaremos de esta bonanza; digo, si el metal es rico.

—¡Pues no ha de serlo! Es mucho más que el que mandó vd. ensayar.

Tomando luego el gambusino en brazos al español lo puso en el suelo; y caminando ambos en dirección al carruaje, montaron en él, para volver á la sastrería, á donde llegaron sin novedad, con gran contentamiento de su dueño, quien pagó generosamente al cochero y se despidió del minero, ofreciéndole que dentro de tres días se verían para saber el resultado del ensaye.

No transcurrió el tiempo en vano para el maestro sastre, pues desde el día siguiente comenzó á machacar piedras y remitir ensayes á los ensayadores, con tal prisa, que en ese mismo día recibió las cédulas de cinco ensayes, verificados en distintas oficinas, con leyes semejantes y aun mejores que el primero que ya conocemos; así es que cuando al terminar el plazo fijado se presentó en la noche el gambusino, fué el español el primero que habló del asunto en estos términos:

—Se han hecho varios ensayes y los resultados han sido buenos, de manera que estoy dispuesto á entrar en el negocio de la mina, ¿qué es lo que vd. desea?

—Pues ya sabe vd., patroncito, lo que rezan las ordenanzas: ambos seremos parcioneros; vd. será mi aviador y partiremos por igual las ganancias. Y siendo vd. el aviador me ha de dar todo lo que yo necesite para el avío.

—¡Todo! ¿Qué significa eso?

—Pues mire vd.: me da para pagar mis deudas, quiero decir las deudas de la mina, por salarios y materiales; después los gastos de la posesión; lo que importen las memorias se-